

Borges: el espejo del tiempo

Tomás Bernal Alanís

*Dios ha creado las noches que se arman
De sueños y las formas del espejo
Para que el hombre sienta que es reflejo
Y vanidad. Por eso nos alarman.*

JORGE LUIS BORGES, "LOS ESPEJOS".

Borges y el tiempo

La riqueza de la prosa borgiana reside en la negación de la realidad. Para Borges la ficción es el artificio que complementa, supera y, a veces, suplanta lo que entendemos por real, por existente.

Su escritura es un constante juego de imposiciones: la ficción es realidad, la realidad es ficción, y por lo tanto, un incesante encuentro de esos polos metafísicos que le dan vida y existencia al hombre como tal.

Borges creó en su propia escritura el acertijo de la existencia. Del *to be or no to be* de Shakespeare pasó a los impulsos de Schopenhauer de la existencia como posibilidad en un mundo regido por las leyes de lo habitual y lo inmortal.

Lo cotidiano y lo posible encontró en la pluma de Borges la infinita capacidad de expresión, en los actos más simples de la condición humana que nos lleva a ser espejo y reflejo de lo que fuimos, somos y seremos en el tiempo.

El ejercicio poético que realiza Borges sobre el tiempo obedece a un seguimiento de su producción literaria que se puede establecer en tres momentos: la poesía, el prosista y el creador-lector. Sus cuentos célebres sobre el manejo del tiempo como materia vital de reflexión y creación literaria obedecen a una lógica por desentrañar los más intrincados laberintos de la memoria y el olvido.

Cuentos para recordar y analizar como: "Funes, el memorioso", "El Aleph", "El hombre muerto", entre otros, nos muestran la estructura y la preocupación temporal que existía en la obra borgiana, como constante de sus temas recurrentes y obsesivos.

Como lo ha apuntado el crítico literario uruguayo, Emir Rodríguez Monegal:

...proponen una imagen del universo y del destino humano que se confunde por sus encrucijadas, sus simetrías, su atmósfera de pesadilla, con la que puede tener un ser encerrado en un laberinto.¹

Parecido a las obras de Kafka, Borges encuentra en el desciframiento de los enigmas reales y ficticios el sentido de un orden superior que avasalla las reflexiones humanas sobre tal.

Por lo tanto, Borges indagó incesantemente en ese mundo de especulaciones y dudas que todo hombre lleva dentro. Lo trascendental de sus inquisiciones fue preguntarse por el texto como una realidad que rebasa individualidades y actos dialógicos.

Este diálogo o acto de comunicar fue posible gracias a dos influencias que perduraron en su vida, como lo son: el influjo que tuvo la literatura anglosajona en el seno familiar, primero; y segundo, el rescatar toda la riqueza de la cultura argentina expresada en la existencia del gaucho como emblema nacional —tan sólo recuérdese su interés por la obra de José Hernández, *Martín Fierro*— y en el ámbito del espacio urbano, el rescate del lenguaje que se hablaba en el arrabal de las grandes ciudades.

La gran influencia anglosajona que perduró en él, representada por una larga y rica tradición de autores como: Wilde, Stevenson, Chesterton, Kipling, entre otros, significó el rescate y diálogo con otras culturas.

Su visión provinciana (arrabalera) se conjugó magistralmente con un cosmopolitismo que le permitió ver la rendija en donde se vislumbran los contactos, igualdades y diferencias de las culturas, entendidas éstas como textos, según la teoría de Yuri Lotman. Sus viajes, imaginaciones, lecturas, fueron los recursos reales para crear una obra literaria fincada en la imaginación y extensión de la rica variedad humana.

En este sentido, su obra se construye en un universo *sui generis* poblado por los personajes clásicos de la vida argentina, y por aquellos que rebasan las fronteras políticas hasta perderse en los confines de la historia.

Confines que van a ser buscados en la raíces propias de la cultura occidental, así como de antiguas tradiciones orales y escritas de la sabiduría oriental. Polos que en la obra de Borges rebasan tanto el tiempo como el espacio.

Como en su cuento "El Aleph", el ojo borgeano establece la pérdida de la identidad individual en un mundo relativizado y fragmentado de la memoria, que se puede encontrar en cualquier punto de ese tejido total que es el mundo, el universo.

¹ Emir Rodríguez Monegal, *Borges por él mismo*, Laia, Barcelona, 1984, p. 82.

Esa búsqueda incesante de espejos, de lo otro, lo diferente, lo ha señalado Harold Bloom de la siguiente manera:

Maestro de laberintos y de espejos, Borges fue un profundo estudioso de la influencia literaria, y como escéptico más interesado por la literatura de imaginación que por la religión o la filosofía, nos enseñó a leer dichas especulaciones primordialmente por su valor estético.²

De aquí que su contribución a la literatura hispanoamericana, en primer lugar, y a la universal, en segundo término, rebasará las fronteras entre lo real y lo fantástico. Posición que le fue permitida por su innegable erudición y su infinita imaginación en ese campo de la creación literaria que ha visto desbordarse en su margen el ensanchamiento de géneros literarios acotados y bien establecidos.

Borges y el lector

Para Borges lo esencial era producir en el lector un papel activo entre la obra y su lectura. La interpretación era fundamental para que el diálogo continuara. Primero, en lo que después desarrollaría la semiótica, en general, y en especial, la teoría de la semiótica de la cultura, de Yuri Lotman y la Escuela de Tartu, en relación entre el auditorio y la recepción de la obra, se estableció en un texto que genera un sentido. Sentido que va a estar dado por el trabajo en la misma creación de la obra, pero también en un aspecto de generar una explicación de la creación literaria al interior de ella. Tal vez el caso más memorable sea "Pierre Menard, autor de El Quijote", donde se pretende traslapar el Quijote original con una reescritura sobre sí mismo desde otro tiempo y otras circunstancias. Donde la memoria, el recuerdo, sirve para convertir al Quijote en un acto fundante e intemporal de la condición humana, estableciendo así los aspectos estructurales de la historia, y a la vez, un nuevo sentido en una matriz de la memoria cargada de significados. Por lo tanto, la escritura de Borges, llena de imaginación, conocimiento y habilidades para jugar con los espejos del tiempo y la realidad, nos ofrece una inagotable fuente de estudio e interpretación de un mundo dominado por la memoria, el olvido y el sueño, convirtiendo la escritura en algo dinámico y sustancial al acto de leer e interpretar.

El proceso dinámico y de retroalimentación estaba en marcha, o como lo ha señalado el semiótico ruso Yuri Lotman: "Es evidente que el texto por sí

² Harold Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1995, p. 474.

solo no puede generar nada: debe entrar en relaciones con un auditorio para que se realicen sus posibilidades generativas".³ Esta propuesta teórica la desarrolló Borges en sus cuentos, como una infinidad de posibilidades de interpretación a través de la lectura en un proceso inacabable de comunicación.

La escritura encontró en Borges la pasión por lo múltiple, lo insondable, lo más cercano, y a la vez, lo más alejado del ser humano, la certidumbre de sus incertidumbres, por lo cual el hombre sigue buscándose en el espejo del tiempo. Esta incertidumbre —muy propia de nuestro tiempo— tejió los textos de Borges con los mayores sueños de la posibilidad de otros mundos y otras lógicas. El juego de tiempos en su obra demostró el oficio de un maestro que desgrana entre sus manos los mecanismos del acontecer y del ser, el de vivir y el de existir en un espacio manejable por la mente humana.

La consecuencia lógica de las ideas en Borges pertenecían a un mundo relativizado por los hechos físicos, que lo tentaron a negar el tiempo, como el mismo Albert Einstein lo creyó.

El tiempo como ilusión encontró en Borges a uno de sus más excepcionales voceros, que se ve reflejado en aquel famoso pensamiento: "El tiempo es un río que me arrebatara, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges". Síntesis magistral de su obra.

Para concluir, sólo mencionaré un pensamiento del humanista Ilya Prigogine que muy bien podía ser el corolario sobre el legado del gran escritor argentino Jorge Luis Borges:

El tiempo y la realidad están irreductiblemente vinculados. Negar el tiempo puede parecer un consuelo o semejar un triunfo de la razón humana, pero es siempre una negación de la realidad.⁴

Bibliografía

Bloom, Harold. *El canon occidental*. Anagrama, Barcelona, 1995.

Borges, Jorge Luis. *Poesía y prosa*. Promexa, México, 1979.

³ Yuri Lotman, *La semiosfera. I Semiótica de la cultura y del texto*, Cátedra/Universidad de Valencia, Madrid, 1996, p. 89.

⁴ Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, p. 209.

- Borges, Jorge Luis. *Antología Personal*. Bruguera, Barcelona, 1980.
- Lotman, Yuri. *La semiosfera 1. Semiótica de la cultura y el texto*. Cátedra/Universidad de Valencia, Madrid, 1996.
- Prigogine, Ilya. *El fin de las certidumbres*. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.
- Rodriguez Monegal, Emir. *Borges por él mismo*. Laia, Barcelona, 1984.
- Sessarego, Myrta. *Borges y el laberinto*. Conaculta, México, 1998.